



www.loqueleo.com/ec

© 2018, Edna Iturralde

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-110-8

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Noviembre 2018

Editora: Verónica Mosquera

Actividades: Verónica Mosquera

Corrección de estilo: Nicolás Jara

Diagramación: Nancy Novillo y Sandra Corrales

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El puente de los coyotes



Edna Iturralde

loqueleto

Índice



Capítulo Uno	11
Capítulo Dos	17
Capítulo Tres	25
Capítulo Cuatro	33
Capítulo Cinco	43
Capítulo Seis	49
Capítulo Siete	55
Capítulo Ocho	61
Capítulo Nueve	69
Capítulo Diez	75
Capítulo Once	85
Capítulo Doce	93
Capítulo Trece	101
Capítulo Catorce	111
Capítulo Quince	117
Capítulo Dieciséis	123
Capítulo Diecisiete	133
Capítulo Dieciocho	141
Capítulo Diecinueve	149
Capítulo Veinte	157
Capítulo Veintiuno	163

Capítulo Veintidós	169
Capítulo Veintitrés	177
Capítulo Veinticuatro	183
Capítulo Veinticinco	191
Capítulo Veintiséis	197
Capítulo Final	203
Cuaderno de análisis	205



*Dedico este libro, con mucho amor, a las familias
y a los niños que se ven obligados a dejar su patria
y cruzar fronteras para no ser víctimas de la violencia.*

*En México existen varios albergues
y personas que ayudan a los migrantes.
Muchas gracias de todo corazón:*

*Padre Heyman Vázquez de Albergue Casa del Migrante Hogar
de la Misericordia (Arriaga, Chiapas)*

*Padre Alejandro Solalinde de Albergue Hermanos del Camino
(Ixtepec, Oaxaca)*

Padres jesuitas de Albergue San Nicolás (Municipio de García)

*Las patronas de la comunidad La Patrona, municipio
de Amatlán de los Reyes, Veracruz*

*Grupo Beta, dedicados a la protección y la defensa
de los derechos humanos de los migrantes, México*

Capítulo Uno



Celestino López, que no se llamaba Celestino ni se apellidaba López, miró otra vez la Luna, cerró la portezuela de su automóvil y apresuró el paso. No le gustaba para nada aquel aro rojizo que la rodeaba. Decían que era «luna de muertos». Quién sabe si era verdad, pero algo había de siniestro en el ambiente porque a él se le erizaban los cabellos de la nuca. Hundió las manos en los bolsillos de la sudadera negra y sintió en uno de ellos la suavidad del pasamontañas. Un pie, que se metió en un bache de la calle, lo hizo abrir los brazos para balancearse. Maldijo la oscuridad que lo rodeaba. No quedaba un solo foco en los faroles de la acera. Todos habían sido víctimas de la buena puntería de vaya a saber quién. Era imposible culpar. En aquel barrio, tanto a los buenos como a los malos, culpables o inocentes, cobardes o valientes, a todos les convenía la oscuridad.

11

Se alzó de hombros. A él no le importaba porque quería mantenerse al margen de aquella «crisis nacional», como la llamaban los periódicos. Él era un mensajero, nada más. Llegaba, dejaba o recogía el mensaje o la mercancía, salía por las mismas, y le pagaban por hacerlo.

Aunque... recibir dinero quizás sí lo involucraba.

Frunció los labios, con un ligero malestar.

Llegó hasta el primer edificio de cuatro pisos que formaba el conjunto de viviendas nacionales anunciadas «para una vida mejor». Por algunas ventanas escapaba la luz azulada del televisor. Abrió el portón que conducía a un vestíbulo que estaba sumido en la oscuridad. Se puso el pasamontañas, maldijo el calor que hacía, prendió la linterna del celular y subió por las gradas.

12 Llegó sin aliento al último piso. Tosió y tuvo que alzarse el pasamontañas para escupir la flema.

Los rayos de luz de la linterna se deslizaron con rapidez por las tres puertas del piso.

Celestino se acercó a la puerta del medio y con los nudillos dio tres golpes pausados y tres rápidos. Esperó y volvió a repetirlos.

La puerta se abrió de inmediato.

—Entre, entre. Baje la luz que me está cegando —susurró una mujer.

Celestino apagó la linterna del celular. La mujer cerró la puerta mientras él escribía en el celular el nombre convenido: Celestino López.

La mujer lo leyó y aprobó con un movimiento leve de cabeza.

—Yo soy Sofía —se presentó más que nada por costumbre.

Se encontraban en una salita pequeña, con un sofá frente al televisor prendido y abandonado. Un foco blanquecino, ahorrador de electricidad, colgaba de un alambre sujeto en el tumbado y daba un color violáceo a la blusa roja de la mujer.

—¿Cuándo pasarán a recogerlos? —preguntó ella con un ligero temblor en la voz. La llegada de aquel hombre había convertido el calor de la noche en un sudor frío y pegajoso.

Celestino escribió otra vez en su celular. No era tan tonto como para hablar y exponerse a que grabaran su voz.

La mujer leyó en voz alta: «Vendrán por ellos en un par de días».

—Preferiría que me dijeran una fecha —dijo mirando al hombre con desconfianza.

Celestino asintió con la cabeza. Volvió a escribir.

«Cuando arreglemos lo del dinero».

—¡Y cómo sabré cuando vayan cruzando fronteras! ¿Les permitirán llamarme?

Celestino afirmó con la cabeza.

—¿Seguro que me irán informando?

El hombre volvió a asentir varias veces, molesto. ¡Siempre las mismas preguntas! Ese había sido el trato. Los muchachos entregarían sus teléfonos al coyote y así él podría controlar que ellos no mandaran mensajes a todos los amigos, algo que sería muy comprometedor. Pero en los momentos claves, los dejaría utilizarlos y llamar.

—Y... cuando lleguen a... su destino, ¿a más de escuchar su voz, podré hablar con mi marido?

Celestino volvió a asentir esta vez con violencia, irritado por la angustia de la mujer, que encontró contagiosa. Estaba seguro de que todo aquello ya lo había discutido ella con los otros. ¡Él era solo un mensajero! Se contuvo de hablar, aunque ganas no le faltaron.

Sofía trató de tranquilizarse. Era inútil preguntar más. El trato al que había llegado con los coyotes era que los

muchachos saldrían de San Salvador para ser llevados hasta la frontera con Guatemala, luego atravesarían México hasta los Estados Unidos, donde serían entregados al padre que los estaba esperando en Texas, en El Paso.

Se estrujó las manos.

—Bueno. Entiendo que usted no me dirá nada —aceptó con resignación.

Fue hacia la mesita donde estaba la televisión. Abrió el cajón y sacó un sobre de manila que entregó al hombre diciendo que era la mitad del valor total. Que la cuarta parte, como habían convenido, la llevarían los muchachos para entregarla al coyote apenas cruzaran la frontera con Guatemala. Y el resto lo recibirían del padre, en los Estados Unidos.

Celestino se sentó en el sofá a contar los fajos de billetes con gran pericia. ¡Ah!, si todo ese dinero se quedara con él, se marcharía de viaje a una isla llena de sol y muchachas en bikini. «Mejor no», se dijo. Esas tentaciones habían mandado de viaje a muchos compañeros, sí, por supuesto, pero al cementerio, a una fría fosa.

—Está completo —afirmó ella.

Él levantó el pulgar. Estaba de acuerdo. Se puso de pie. Abrió la cremallera de su sudadera y se la quitó. ¡Condenado calor! Llevaba una camiseta con el estampado de un águila volando. Se abrió el cinturón, desabrochó el botón de la cintura y bajó la cremallera de la bragueta. Ella miró hacia otro lado. Entonces, ocultó el sobre dentro de los calzoncillos. Después, realizó el proceso inverso.

Celestino sintió que le observaban. Miró por el rabillo del ojo. En el dintel de una puerta, seguramente

el dormitorio porque notó la cama, estaban dos muchachos. Uno adolescente y el otro en los lumbrales de la adolescencia. ¡Condenados muchachos! A él no le gustaba conocerlos. Sus rostros se le quedaban pegados en la memoria como chicle en el zapato. Seguramente habían observado toda la transacción, pero a él no le importaba. Lo que quería era irse. De repente, el adolescente se acercó a él, seguramente tendría preguntas. ¡Pues ya eso no era asunto suyo!

Celestino puso los puños en alto, bromeando. El muchacho levantó los suyos. El menor lo imitó. Las sombras de las tres figuras se reflejaron en las paredes como parte de un teatro chino.

La madre gritó que se detuvieran. Celestino rio. ¡Audaces los cipotes! Seguramente esa era la razón de su partida: la Mara los habría escogido.

La mujer abrió la puerta. Celestino bajó las gradas. Utilizó otra vez la linterna del celular. Cruzó el vestíbulo. «¡Trabajo cumplido!», pensó. Había sido facilísimo. Entonces, ¿por qué carajos volvía a sentir esa desagradable sensación de temor?

El viento le dio en la cara apenas salió a la calle. Caminó apresurado hacia su automóvil. Se quitó el pasamontañas. Estaba sudando a chorros. Alzó la mirada para ver como lucía la maldita luna antes de abrir la portezuela.

De pronto, sintió una presencia a su espalda y un cuchillo en la garganta. Quiso llevarse las manos al cuello, pero cayó al suelo.

Un hombre rebuscó entre las ropas hasta encontrar el sobre con el dinero.

Otro encendió el motor de una moto.

Celestino López quedó boca arriba mientras se teñía de rojo el cielo donde volaba el águila de su camiseta.

16

Capítulo Dos



Hilaria se despertó confusa en una banca de piedra. Parpadeó varias veces y se llevó la mano a la frente. La cabeza le dolía como si la machetearan por dentro. Se preguntó sorprendida si se había desmayado, pero no era para tanto... «¡Qué locura!», se contestó. Si solo iba a conocer a la mamá de Gerardo y no recordaba haberse sentido mal. Se incorporó con dificultad porque se sentía mareada y se sentó. Estaba en un patio lleno de maceteros con geranios de diferentes colores. Sonrió, aún amodorrada. Parecía que a la mamá de Gerardo le gustaban las plantas.

17

Estaba cumpliendo el deseo de Gerardo de conocer la finca donde vivían su mamá y su hermano Raúl. Pero, ¿dónde estaba él? Tragó varias veces porque sentía la garganta reseca y lo llamó repetidamente sin obtener respuesta.

Era una adolescente muy bonita, delgada, de pelo largo, lacio y rubio. Con ojos grandes de un color marrón claro y facciones finas.

Escuchó trinar a un gorrión. En unas colinas cercanas pastaban vacas blancas con negro. Era obvio que se encontraba en el campo, a varias horas de la capital. Pero, ¿por qué

no tenía ninguna memoria del viaje? Su último recuerdo era beber un jugo de durazno que Gerardo le ofreció. Después escuchó la música de un CD de Juanes y... nada más. Obviamente se había quedado dormida. ¿Dormida? ¿Cómo así que no se despertó al llegar? Un presentimiento feo aceleró su corazón. Se puso de pie con dificultad, dio unos pasos y volvió a llamar a Gerardo. Fue hacia una puerta que seguramente daba a la casa. Estaba cerrada. Caminó entre los maceteros hacia uno de los arcos de ladrillo que rodeaban al pequeño jardín. Saldría por allí en busca de Gerardo. Pero todo el arco estaba tejido con un alambre tan fino que pasaba desapercibido a primera vista. Lo mismo sucedía con los demás.

Un olor a comida escapaba por una puerta que justamente se entreabrió. «¡Por fin!», pensó Hilaria. Ahí debía quedar la cocina y alguien estaba dentro. Se encontró con una mujer rolliza, de cabellos rojos y muy maquillada, que en ese momento extraía sopa de la olla con un cucharón y la servía en un plato. Al ver a Hilaria detuvo el cucharón en el aire. Hilaria, sonrió aliviada y preguntó si era la madre de Gerardo. Las carcajadas de la mujer fueron ruidosas y desagradables. Hilaria se sonrojó. ¡Qué tonta había sido al hacer esa pregunta! Aquella mujer era demasiado joven.

—Yo soy Laura. Y no, no soy su mamá. Bueno, puedes decir que soy su mamacita —contestó burlona, con sus ojos verdes de mirada dura.

Hilaria, confundida, trató de balbucear una disculpa. La mujer caminó hacia ella y le agarró por la quijada. Sus uñas largas y rojas se sentían como pequeñas garras.

—Pero yo sí sé exactamente quién eres tú: Hilaria Hernández, tienes dieciséis años. Fuiste reina de belleza de tu colegio y seguramente tienes un cerebro de mosquito y un corazón que palpita Ge-rar-do, Ge-rar-do, tum, tum, tum.

Hilaria agarró la mano de la mujer y la apretó hasta que soltó su barbilla. Entonces, regresó a sentarse en la banca del patio. ¡Qué indignación! ¿Sería una hermana celosa? Jamás se había esperado un recibimiento así.

En ese momento llegó un joven de mediana estatura, con el rostro picado por la viruela. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y un pitillo en la comisura de los labios.

Hilaria se puso de pie. ¡Por fin aparecía el hermano, porque ese era seguramente Raúl, aunque no se parecía para nada a Gerardo!

—¿Eres Raúl? ¿Dónde está Gerardo? Por favor dímelo. Yo vine... él me trajo... —Hilaria balbuceó sin saber bien qué preguntar primero.

El hombre se quitó el cigarrillo, lo lanzó al suelo y lo aplastó con el zapato antes de dirigirse a ella.

—Acertaste en el nombre. Soy Raúl, pero no soy su hermano. Ten en cuenta que hasta aquí llegamos con las respuestas. No preguntes nada más y escucha: la situación es así de simple: estás secuestrada. ¡Secuestrada! ¿Entiendes?

—¡Qué!, ¿Y Gerardo? ¿También han secuestrado a Gerardo? ¿Qué han hecho con él? ¡Dímelo! ¡Exijo saberlo! —Hilaria se aferró del brazo de Raúl con desesperación.

Laura apareció en la puerta de la cocina, sonriendo. Era un espectáculo que no quería perderse.

Raúl agarró a Hilaria con fuerza por las muñecas.

—¡Basta de histerismos! ¡Cállate, que a mí no me exiges nada! —le gritó con voz ronca por las iras. Tonta muchacha. Tonta como todas.

Hilaria levantó la rodilla con intenciones de patearlo, pero Raúl fue más rápido y de un empujón la mandó contra el suelo.

—¡Caray! ¡Con que tienes agallas! Pues ya que insistes en saberlo, te lo diré: tu novio se encuentra aquí. Pero, francamente, no sé si aún te quiere tanto como tú a él. —La voz de Raúl destilaba sorna.

Desde el dintel de la puerta, la sonrisa de Laura se convirtió en una risa antipática, artificial, malvada. Raúl se volteó a verla.

—Laura, ve por la Chata para que se la lleve.

Hilaria se levantó del suelo. El hombro y la cadera le dolían, pero disimuló para no darle gusto a Raúl. Laura había desaparecido, sin duda en busca de la tal Chata.

Al poco tiempo, apareció una joven negra de unos veinticinco años. Altísima, musculosa y con un rostro de aspecto macabro. Tenía el pómulos derecho hundido y la nariz torcida, rota, seguramente debido a algún fuerte golpe. No eran lesiones nuevas.

—¿Para qué soy buena? —preguntó con una voz melódica y una sonrisa amable que no iba para nada con su físico.

—Quiero que seas su sombra, Chata. No por tu color —se burló con grosería—, sino para que la vigiles. El jefe ha ordenado que no la dejen sola ni un momento. Que los muchachos no se acerquen a ella. Sería como dejar suelto

a un conejo en medio de una jauría. Parece que el compromiso es entregarla en perfectas condiciones de fábrica. ¿Me entiendes?

Dicho esto, Raúl dio media vuelta y entró en la cocina mientras pedía el almuerzo.

La Chata se acercó a Hilaria meneando la cabeza. Pobre muchachita. Otra más. Y esta era güera, tenía el cabello del color del trigo. Como a ellos les gustaba.

—Ven conmigo, güerita, ándale.

Hilaria no se movió. Ahora estaba segura de que había sido drogada. Más bien dicho: habían sido drogados y llevados así a aquel lugar. El recuerdo de Gerardo le dolió profundamente. ¿Qué harían con él? ¿Qué harían con ella? Se sintió mareada otra vez.

La Chata, al notarlo, la cargó en sus fuertes brazos con delicadeza y la llevó a un pequeño dormitorio. Había una cama, un velador y una cómoda. Las persianas, de un plástico amarillento, estaban cerradas. La Chata le ayudó a sentarse al filo de la cama, fue a cerrar la puerta y se puso en cuclillas delante de ella mientras acariciaba una medalla entre el índice y el pulgar. Más adelante Hilaria llegaría a conocer ese gesto que delataba a la Chata cuando se sentía preocupada, un gesto que también hacía antes de decir algo importante. Notó por el acento que era mexicana y sintió que, a pesar de su aspecto, su instinto le decía que no era mala persona. Entonces, hizo algo que conmovió a la Chata hasta el tuétano: la abrazó y lloró contra su mejilla sin sentir repulsión de su rostro desfigurado.

Esa sensación de afecto era algo que la Chata jamás había experimentado con ninguna otra de las muchachas

que habían pasado por allí y, quizás ni siquiera lo había sentido en toda su vida, excepto por la monja que le regaló aquella medallita de la Virgen de Guadalupe.

—De nada te servirá llorar, güerita. Son malos, remalos estos hijos de la chingada —dijo la Chata con dulzura, rodeándola con sus fuertes brazos y sintiendo una inusual ternura hacia aquella muchacha.

Hilaria no podía contener su llanto. ¿Qué pasaría con Gerardo? Ella no podría vivir sin él. ¡Era el amor de su vida!

22 Lo había conocido en una fiesta de su colegio, justamente cuando fue coronada Reina del Carnaval. Era todo un tipazo. Nueve años mayor que ella, con unos ojos negros que parecían clavarse en su corazón, labios carnosos, ancho de hombros, delgado, y en la oscuridad del cine le susurraba mil cosas bonitas. Sin embargo, él siempre se mostró respetuoso y locamente enamorado de ella, insistía que quería estar siempre con ella, que la adoraba y que era la muchacha más bonita que había conocido en su vida. Y le tomaba fotos. Tantas que ella se burlaba de que era un exagerado. Luego de cuatro meses, Gerardo la invitó a ir a conocer a su madre y a su hermano Raúl en la finca que tenían en las afueras de la ciudad. Dijo que su madre estaba muy delicada de salud y que quería que la visitaran. No obstante, él se había negado a conocer a sus padres y más bien había exigido que guardara su romance en secreto. Aducía que la diferencia de edad podría causar que los separaran.

¡Y ahora esos bandidos los tenían secuestrados! ¡Sus pobres padres! Apenas hacía un año que había muerto su hermano, asesinado por los Maras solo por negarse a pertenecer a la pandilla. Y, esos pandilleros, terroristas o lo que

fueran, ¿por cuánto estarían negociando para liberarla? Pero sus padres eran pobres. El automóvil que poseían tenía más de doce años, ni modo venderlo para reunir el dinero. Tenía que buscar a Gerardo. Salvarlo y salvarse ella. ¿Qué habrían hecho con él? ¿Por qué esa mujer se había reconocido como su *mamacita*? Por unos minutos olvidó el miedo y se sintió como una heroína.

—Mira... Chata —comenzó a decir con timidez—. Mi novio, se llama Gerardo —pausó por un momento antes de continuar—, ¿lo has visto en este lugar?

La Chata afirmó con la cabeza. Hilaria podía haber jurado que se sentía avergonzada por la situación.

El corazón de Hilaria dio un vuelco. ¡Sería cuestión de encontrarlo y planear la fuga juntos! Quizás con la ayuda de esa misma joven.

—¿Sabes dónde está?

La Chata acarició su medallita y volvió a firmar.

—Por favor, llévame donde está Gerardo. Te lo ruego.

—No. No puedo, chavita. ¡Estás loca!

—Pues llévale un mensaje. Dile que estoy bien... por el momento. Debe estar súper preocupado. Y mira si está golpeado o herido, y me lo cuentas. ¿De acuerdo? Dile que has hablado conmigo y que lo amo con todo mi corazón.

La Chata se alzó de hombros.

—No serviría de nada. De nada. Créeme, chavita —insistió la Chata con tristeza. Era extraño. Hacía mucho tiempo que no sentía compasión por nadie.

Por un segundo, Hilaria sintió que se le cortaba la respiración. ¿Significaba aquello que Gerardo estaba mal herido? ¿Quizás agonizando? ¿Muerto?

Capítulo Tres



24

La Chata se puso de pie.

«Vaya», se dijo, «un bien se paga con otro bien». Así le enseñaron a ella y aunque la vida la había tratado tan mal, ella era agradecida con quien debía serlo; la demostración de afecto que Hilaria le diera había significado un regalo para ella.

—Lo que te voy a decir es solo para ayudarte a que dejes de hacer el papelón de idiota llorando así. Lloro por ti. Solo por ti, güerita —se detuvo para fruncir los labios y continuó —, aunque jamás podrás utilizar la información que te daré.

—Dime. Te juro que no repetiré nada de lo que me digas. Solo quiero salvar a Gerardo y escapar de aquí juntos. —Hilaria plegó las manos.

La Chata se acercó a su oído y susurró:

—No puedo llevarle recados. Gerardo es el jefe de esta organización desde que murió su padre. ¿A poco quieres que me mate por metiche?

25

Sofía despertó por los golpes en la puerta. Antes de abrir ya sabía quiénes eran: desde que ella tenía uso de razón, la policía nunca dejaba de anunciarse a gritos como si todos fueran sordos.

Sofía abrió la puerta a medias.

—¿Pasa algo, señor policía? —preguntó sabiendo de antemano que algo malo habría sucedido.

—Ha habido un asesinato a la salida de este edificio. Estamos investigando, señora—. El policía contestó con voz grave, limpiando sus gafas negras en un pequeño paño. Era un sargento joven sumamente aficionado a las series policiales, por lo que le encantaba adoptar ciertas poses. A continuación preguntó que cuántas personas vivían allí, más bien dicho, habitaban en aquel departamento, mejor dicho, que quienes estuvieran allí en ese instante debían bajar para el reconocimiento del occiso y un interrogatorio al que debían ser sometidos. Y que lo hicieran de inmediato. ¡Cómo le hubiera gustado poder decir que si no, allanaría el departamento! Pero como no tenía ninguna orden judicial, fue a golpear otras puertas.

Sofía sintió un presentimiento de esos pesados como un mazazo. En silencio, fue al cuarto de sus hijos a despertarlos.